

Javier Núñez



Salomé y otros cuentos

2000116 1 01102 0161102



Javier Núñez

Salomé y otros cuentos

Salomé y otros cuentos

Primera edición, marzo 2009

Narrativa Breve Serie Presagio 3

**Hecho el depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2009-04554**

© 2009, Javier Núñez
dorianjavier23@hotmail.com
javiernc.jimdo.com

© Reservados los derechos de esta edición en español
Grupo Editorial “Hijos de la Lluvia”
Presidenta: Gladys Hinojosa Aguirre
<http://hijoslluvia.blogspot.com/>
Cel. 951-333723

© lagOculto Editores – ayarum@hotmail.com
Darwin Bedoya Bautista, 2009

Editor	: Walter L. Bedregal Paz
Redacción	: Friney Herencia Guerra
Diseño y composición digital	: David C. Colquehuanca A.
Ilustración de portada	: Juan José Calvo (<i>Belleza salvaje – proyecto Bambú</i>)
Tiraje	: 1000

Hecho e impreso en el Perú / *Printed in Perú*

*A ellas,
a ellos también*

Clara Luz

Con las primeras sensaciones de frío entro en el café-bar La Casa del Abuelo, que a estas horas está abarrotado de clientes, pero hay una mesa desocupada, como si la hubiera reservado con anticipación. Antes de sentarme advierto que alguien me está mirando. Entonces vuelvo la cabeza para saber quién es. Es una mujer atractiva que está sentada sola. No le presto atención, pienso que me confunde con algún conocido. La miro mientras el mesero me trae una copa de pisco *sour*. Ella se lleva el vaso a la boca y de pronto clava sus ojos en los míos. Inclino la mirada, trato de encubrir mi sospecha. Luego le doy un sorbo al pisco. Me gana la curiosidad y otra vez la miro: ella bebe sin apartar sus ojos de los míos. Rápidamente vuelvo la cabeza. No hay duda, estoy involucrado en un problema serio. No comprendo todavía sus intenciones... La miro de soslayo y advierto que sigo en su campo visual. Los nervios me traicionan, la frente se me humedece... En tanto, ella pide

otra copa de trago... Es así como estamos en el plan de mirarnos ella y yo. Dicen que los ojos son el reflejo del alma; no sé qué reflejarán esos ojos.

Llega mi amigo Juan y se sienta a la mesa. «Qué tal», me saluda, y se pide un té *piteado*. «Todo bien», le contesto. Se ha dado cuenta. «Oye —me dice—, esa mujer te está mirando.» «Sí —le digo—, hace rato está que mira.» «Es que le gustas», sentencia Juan. «¿Tú crees?», le pregunto. «Claro pues, hombre —me contesta—. A tu salud, Luis Gerardo.» Trato de distraer mi mente; quiero pensar en otras cosas. No obstante, estoy tomando en serio lo que acaba de decirme Juan. Si eso fuera cierto no sé cómo actuaría. Admito que ella está como Dios manda... «¡Qué suerte tienes!», exclama Juan. «No seas gracioso», le digo. En tanto, ella me sigue mirando de cuando en cuando. Creo que ninguna duda ya tiene cabida; me parece que todo anda como piensa Juan. «No seas tímido —me dice—, acércate a su mesa. Ella quiere, quiere contigo.» «No me atrevo», le digo. «Nunca se desperdician las oportunidades», me dice. Está en lo cierto. Y ésta es una gran oportunidad que me sale al paso, porque, generalmente, nunca se me presentan.

Ella sigue ahí, no se retira; me parece que está esperando a que yo tome la iniciativa. Creo

que estoy perdiendo tiempo, ya debo actuar como ella desea. Pero se me ocurre nada. «Bueno, me voy —dice Juan—; te dejo, pero no vayas a desaprovecharla. Mañana me lo cuentas. Suerte.» Después de beber el último sorbo, Juan pone los pies en la calle; mientras yo sigo sin encontrar el pretexto oportuno para acercarme a ella. El tiempo está avanzando en mi contra y todavía estoy indeciso. Entonces ella se levanta. «Se me acabó el tiempo —murmuro—. Todo está perdido por no actuar rápido.» Es probable que abandone el bar. La contemplo sin esperanzas y ella me echa una mirada más —quizá la última— y se acerca hacia el mostrador para correr con la cuenta. Tiene un cuerpo de escultura perfecta. Es alta, con cabellos esparcidos por su espléndida espalda. «Carajo, he perdido un buen *lote*.» Ella arregla los costos con el mesero. Es seguro que nunca más vuelva a verla; todo está dicho. Pero no, ella se encamina hacia mi mesa. No se me ocurre nada, estoy con los nervios de punta. Entonces tomo la precaución necesaria y la espero preparado para cualquier sorpresa. «Hola —me dice—, me llamo Clara Luz Bermúdez. Perdona que sea breve y atrevida. Mañana te espero en el hotel La Plaza, habitación 21, a las ocho de la noche. No me falles. Hasta entonces.» Sus palabras me han confundido, he perdido la brújula. No sé qué decir.

La veo desaparecer en la puerta. Debe de tener unos veinticinco años cuanto menos. Eso del hotel suena excitante, y si es de noche, aún más. Termino de beber la última gota, luego pago la cuenta y me retiro a casa, pensando en la proposición de Clara Luz. Me parece extraño y, al mismo tiempo, curioso que me haya citado en un hotel. A ratos pienso que no debería acudir.

Mi habitación tiene la ventana que da al lago. Me acerco a ella, miro y no veo nada más que el muelle, iluminado por muchas luces. Trato de leer pero me distraigo rápido. Lo que sucede es que estoy pensando en la cita con Clara Luz... Luego intento conciliar el sueño...

Me levanto con los primeros rayos del sol. Había soñado con Clara Luz. Estábamos en Huajsapata como dos amantes huidos. Después de realizar mi tarea matutina salgo hacia la universidad pensando en ella.

«¿Cómo te fue?», me pregunta Juan. Le narro con lujo de detalles mi encuentro con Clara Luz. «Provecho, Luis Gerardo —me dice—, que disfrutes.» «Pero, Juan —le replico—, todo esto es extraño.» «No te preocupes —me dice—, esto es normal, no tiene nada de extraño. Te ha visto, le has gustado, y quiere decírtelo.» «No veo nada apropiado el hotel para decirme lo que me quiera decir. ¿Por qué no me

citó en otro lugar?» «No des más vueltas al asunto y ve a la cita», sentencia Juan. Debo decir que me distraje en horas de clase, y por eso, creo, algunos amigos estuvieron murmurando: «Luis Gerardo está enamorado.»

En el trayecto de regreso de la universidad me encuentro con Roberto, un amigo de confianza y experto en el tema de las mujeres. Le cuento mi caso para que me diera sus sabios consejos. Él me escucha sosegado, con la cabeza enhiesta. Después de que le he descrito a Clara Luz me da su opinión. «Muchacho —me dice—, creo que vas a pasar a la Historia; esa mujer es mucho para ti; necesita un hombre como yo para que se sienta satisfecha.» «No estoy para bromas», le contesto mientras advierto sus músculos pectorales bastante desarrollados. Entonces él se ríe y luego me explica someramente lo que debo hacer. «Gracias, Roberto», le digo. «Antes de acudir al hotel no olvides pasar por el gimnasio», me sugiere, y emprende la marcha.

Es así como espero seis horas intensas para acudir al hotel La Plaza. He tratado de imaginar cómo me comportaría con ella dentro de su habitación alquilada...

Faltan escasos minutos para el encuentro en el hotel entre Clara Luz y yo. Ya estoy en camino, con la mente despejada, todo sereno, con las armas necesarias. De pasada entro en la

farmacia, porque debo estar preparado para cualquier sorpresa.

Acabo de llegar; no sé en qué va a terminar todo esto. Espero salir victorioso, aunque no tengo mucha experiencia en estas *lides*... Pongo los pies en las baldosas del hotel, diciendo que busco a una persona tal, en la habitación tal y cual. Localizo el cuarto 21 en la segunda planta. Me acerco a la puerta, titubeo, y al fin la toco. Nadie me escucha; creo que Clara Luz no está, o quizá esté dormida. Golpeo otra vez la puerta. Entonces escucho el ruido de pisadas que se acerca, y alguien la abre. Ante mis ojos queda Clara Luz en toda su beldad. «Pasa, querido», me dice.

Es una habitación lujosa, con una cama, una mesa de noche y tres sillas. Sobre la mesa hay una computadora portátil, un montón de papeles que parecen recibos, y varios libros. Ella abre una botella de whisky y sirve dos copas, y me alcanza una. «¿Cómo te llamas, querido?», me pregunta. «Luis Gerardo a sus órdenes», le contesto. «Muy bien, Luis Gerardo, me gusta tu nombre.» «A mí, el suyo». «Bien, brindemos por ti y por mí», dice, y sorbemos la bebida casi simultáneamente, mirándonos a los ojos.

Clara Luz está sentada con las piernas cruzadas. Miro con cierta paliación sus muslos sensuales que asoman de la falda recogida arriba de

la rodilla. A ratos la mirada se me escapa hacia la génesis de sus pechos. Me tiene loco con esos ojos, con esa voz, con esa actitud seductora. No sé qué hacer, e ignoro qué desenlace va a tener todo esto. Espero que sea favorable para mis deseos. Por el momento estamos bebiendo whisky; para empezar eso está bien. Ya vendrán los episodios de relación más íntima, porque nuestra relación de este instante es superficial, limitada a miradas, diálogos... Estamos los dos y nadie más en esta habitación, y ya se aproximan las veintiuna horas. Sin duda, estamos consolidando la confianza entre los dos. Debo admitir que me está comiendo con los ojos, y dentro de unos minutos ya nos comeremos en la cama...

«Veo que eres un buen muchacho y el indicado para esta actividad que nos espera, aunque más te espera a ti», me dice. «Lo soy, siempre lo he sido», le contesto. «Supongo que estás preparado, porque ya empezarás con la faena; aunque el término *faena* no es lo correcto, pero tú entiendes lo que quiero decir.» «Todo está claro —le digo—. Tengo bastante experiencia, ya lo verá.» Reconozco que estoy nervioso; espero calmarme pronto. «¿El pago por tu servicio lo quieres en dólares o euros?», me pregunta. Titubeo para contestar, es que no le he comprendido bien cuando me dice «por tu ser-

vicio». Eso significa que soy un objeto que se compra, se usa, y luego, adiós. Debe entender que tengo alma, que soy una persona con sentimientos. Pero no debo quejarme, porque en esta vida cualquier trabajo es bienvenido. Aunque creo que esto lo haría gratis, ya que no es un trabajo forzado, más bien placentero. «Págueme en moneda nacional», le digo. «Está bien, como tú quieras —me dice—. De una vez empecemos porque se nos hace tarde.» No entiendo el apuro, yo estoy disponible toda la noche. «Bien, entonces empecemos», le digo. Ella se levanta con ese cuerpo tentador, camina hacia la ventana que da a la calle y mira para todas direcciones; en tanto yo intento predisponerme rápido. Miro la cama que testificará nuestra aventura. Me cuesta creer que en cuestión de minutos Clara Luz será mía. «Hagamos el contrato —me dice—; tu pago será la suma de 7 mil nuevos soles.» Me quedo sorprendido, porque dicho monto me parece muy alto. «Lo que tienes que hacer es sencillo —termina de hablar—. Llevarás un equipaje secretamente a Lima para entregarlo a unos amigos...»